

## R E S E Ñ A S

---

*Thomas C. Wright.* LANDOWNERS AND REFORM IN CHILE. THE SOCIEDAD NACIONAL DE AGRICULTURA. 1919-1940. Urbana (Illinois): University of Illinois Press, 1982. XIX, (1), 249, (1) páginas.

*Jean Carrière.* LANDOWNERS AND POLITICS IN CHILE. A STUDY OF THE "SOCIEDAD NACIONAL DE AGRICULTURA" 1932-1970. Amsterdam: Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos (CEDLA), 1981. 245 (3) páginas. Incidentale Publicaties 18.

A la voluminosa producción intelectual resultante de la atracción que ejerce la temática chilena en círculos académicos de Estados Unidos y Europa desde 1970, se agregan estos dos estudios de Thomas C. Wright y Jean Carrière. Ambos autores se han interesado por una misma institución, la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), como representante tradicional de los agricultores e identificada con los grandes propietarios. Ambos libros aparecieron con un año de diferencia y si bien Wright no alcanzó a utilizar el libro de Carrière, éste, en cambio, pudo consultar la tesis doctoral del norteamericano sobre el tema.

En el caso de Wright, el objeto de estudio es la actitud de la SNA frente a los vientos de reforma que soplaron con mayor o menor fuerza entre 1919 y 1940 y la forma como esta institución se transformó en un grupo de presión organizado y representativo del sector agrario, especialmente en las décadas posteriores.

Un capítulo introductorio se refiere a los orígenes de la Sociedad como organismo dedicado a promover el progreso y desarrollo de la agricultura, señalando el destacado papel que le cupo en la relativamente limitada modernización del agro chileno en el siglo pasado. Estudiando la composición de sus miembros, ella aparece dominada por grandes propietarios y, regionalmente, por agricultores de la Zona Central. El prestigio social vinculado a la tenencia de la tierra y la activa participación de sus miembros en la vida política nacional pone de manifiesto fuertes vínculos intersectoriales. La SNA se desempeñaba como organismo consultor del Gobierno en materias agrícolas, pero, desde comienzos de siglo, empieza también a actuar como grupo de presión, dentro de un estilo caballeresco propio de la época, en favor de los intereses de sus miembros en materia de derechos aduaneros y tarifas ferroviarias.

La crisis de 1919 y la elección presidencial de 1920 marcó el inicio de un período de cambios. Las fuerzas políticas del Centro y de la Izquierda

—señala Wright— “tenían razones ideológicas, estratégicas y prácticas para atacar las prerrogativas e intereses básicos de los agricultores”, aprovechando la opinión negativa generalizada que sobre éstos existía. En esta “mala imagen”, nos explica el autor, confluyen la idea de “clase derrochadora” vinculada al papel moneda y la inflación, la acusación de explotadores del pueblo generada por el impuesto a la importación de ganado; las críticas al atraso técnico en el campo hacen que el agricultor sea tildado de retrógrado, a la vez que el terrateniente es calificado de señor feudal y núcleo de la oligarquía. No se plantea el autor la exactitud o falsedad de estas afirmaciones ni analiza la validez de los distintos argumentos para explicar el atraso de la agricultura. Por lo demás, le basta para los propósitos de su estudio la existencia de un consenso, o al menos, de una opinión mayoritaria, en favor de la necesidad de reformas en el agro, lo que hizo que “entre 1919 y 1940 la Sociedad evolucionara de una pequeña élite a un grupo de presión grande y poderoso”.

La gestación de un gremio agrario centrado en la SNA se llevó a cabo sobre la base de una triple campaña: de aumento del número de miembros, que creció de 851 en 1919 a 3.721 en 1940; de incorporación de los pequeños y medianos agricultores a través de una organización territorial, y de adscripción de otras sociedades agrícolas, dándoles representación en su seno. En su conjunto, estas medidas cambiaron en parte la fisonomía de la institución si bien, advierte el autor, se mantuvo la preeminencia en ella de los grandes agricultores.

Pese al desplazamiento de la derecha política del poder, los terratenientes lograron evitar la aplicación de las medidas más drásticas gracias al apoyo recibido del ala conservadora del Partido Radical y de otros grupos agrarios. Por su parte, plantea el autor, la Derecha y sus aliados exigieron algunas concesiones a los terratenientes a cambio de su apoyo, parte de una estrategia de la “clase alta nacional” basada en la necesidad de ceder en algunos frentes para mantenerse en otros. La actitud de la SNA frente a las reformas, aparece aquí como una acción de retaguardia frente a los cambios con una estrategia de aceptación oportuna de algunas reformas, presentación de proyectos alternativos sobre la base de consideraciones técnicas y el recurso a los contactos y gestiones personales para aminorar los efectos más desagradables de las medidas. Los principales problemas que debieron enfrentar los agricultores en las décadas de 1920 y 1930 fueron el de las fijaciones de precios, reforma agraria, y sindicalización y bienestar campesinos. A cada uno de ellos el autor ha dedicado un capítulo donde plantea los antecedentes generales del tema, los ribetes que tomó la discusión a lo largo del período y la posición de la SNA en cada etapa.

Si el estudio propiamente tal termina en 1940 es porque el autor considera que, a esa fecha, la Institución “había emergido como esencialmente la misma SNA que fue presentada al mundo en los años 1960 como protagonista en la lucha sobre la reforma agraria”. Dado que la preocupación del autor se centra en este último período y después, se ve obligado a agregar un extenso epílogo (pp. 171-212) donde traza las alternativas de los intentos reformistas en el agro desde los gobiernos radicales hasta 1978, el contexto político en que se desarrollaron y la actitud de la SNA y los agricultores frente a ellos.

El extenso y poco crítico uso de los libros de Bauer y Loveman tienden a desmerecer algunas partes de la obra. Por otro lado, las conclusiones de Wright sobre el desenlace de los planes de reforma agraria y

mejoramiento campesino se ven coloreados por su aversión al gobierno militar y a sus políticas agrarias, llegando a sostener que el apoyo de la SNA a las actuales autoridades, contrastado con la imposibilidad de defender sus escasos derechos durante el régimen anterior, demuestra su desapego al sistema democrático liberal.

El trabajo de Carrière trata sobre la evolución de la Sociedad Nacional de Agricultura entre 1930 y mediados de la década del 1960 y, especialmente, su posición frente a las políticas agrarias de los sucesivos gobiernos. Al igual que la obra de Wright, se incluye un capítulo sobre tenencia de la tierra, la composición de la SNA y su identificación con el grupo dirigente, si bien el autor nos advierte que sus vinculaciones con la nueva burguesía industrial que surge en los años treinta son mucho más débiles. También aquí se estudia la nueva organización de la SNA a partir de la década de 1920, refiriéndose además a las modificaciones en su estructura y sistema electoral con el fin de hacerla más representativa nacionalmente y tratando con algo más de detalle las vinculaciones de la Sociedad con las esferas político-administrativas a través de diferentes canales. Por otra parte, al extender el análisis hasta los años sesenta, se logra un cuadro más completo de esta evolución.

Un estudio de las características de los miembros del Consejo Directivo de la SNA y de una muestra de sus socios permite observar algunos cambios significativos a lo largo del período y que apuntan en una misma dirección: la descentralización en su composición regional, cambios en los niveles educacionales de los integrantes de la muestra, un menor grado de elitismo social y una mayor concentración sectorial.

Quizás la parte más importante de la obra es la tabulación de las instancias de conflicto entre la SNA y el Gobierno entre 1932 y 1964 que, a pesar de las inevitables limitantes de este tipo de metodología, permite confirmar o desvirtuar algunas de las afirmaciones más o menos empíricas que se han hecho al respecto. El autor distingue 19 materias o áreas de conflicto con un total de 824 casos o instancias en que se produjeron, distinguiendo cuatro niveles de intensidad de los mismos de acuerdo al tipo de movilización que debió emprender la Sociedad, y tres niveles de efectividad de la intervención. Cronológicamente, los casos están distribuidos en cinco períodos coincidiendo con las administraciones presidenciales. La mayor causa de conflictos corresponde a fijaciones de precios, aranceles y comercio exterior, casi la mitad de los casos; las instancias de conflicto relacionadas con aspectos laborales (20,4%), supera levemente a los relativos al fomento de la productividad (18,7%), mientras que las disputas sobre tenencia de la tierra y derecho de propiedad, aunque alcanzan por lo general una intensidad mucho mayor, sólo ascienden a un 2,5% de los casos. El análisis por períodos permite apreciar algunas tendencias en la distribución temática, y si bien se observa una mayor concentración durante los primeros gobiernos radicales y la segunda administración de Ibáñez, el número de instancias es significativo en cada uno de los períodos. Respecto al desenlace de las gestiones de la SNA, un 37,7% se considera exitosas, un 31,5% de éxito parcial y un 30,8% infructuosas. La distribución por materias, sin embargo, no es pareja. Los éxitos están concentrados en las disputas sobre legislación laboral, sindicalización campesina y, en menor grado, en la obtención de créditos para los agricultores en condiciones favorables, mientras que los fracasos son más frecuentes ante los pedidos de apoyo estatal a la agricultura y en la eliminación de precios máximos para los productos agropecuarios, es decir, en aquellos casos que implicaban una transferen-

cia intersectorial de recursos. Ello confirma la tesis de que los agricultores eran un elemento subsidiario en la coalición intersectorial que constituía la clase dirigente del país. Del análisis también resulta que la SNA tuvo más éxito como "grupo de veto" —en materias laborales y reforma agraria— que como iniciador de política, lo que contribuye a una imagen de reaccionaria antes que renovadora.

Dos fuentes de conflicto son estudiadas en detalle: la derivada de los intentos de sindicalización campesina que la SNA logró coartar, y la resultante de los esfuerzos de la Institución "para convencer a los sucesivos gobiernos chilenos de formular una estrategia integral a largo plazo para el desarrollo de una agricultura capitalista", su principal preocupación durante el período, y en lo cual fracasó. El principal problema fue la fijación de precios artificialmente bajos por razones políticas: la clientela electoral de los sucesivos gobiernos era fundamentalmente urbana. Los agricultores, apunta Carrière, no eran una clase neofeudal precapitalista, como han sostenido algunos, sino que eran sensibles a los estímulos del mercado; frente a la imposibilidad de obtener una rentabilidad semejante a la que se podía lograr en otros sectores de la economía, desviaron hacia ellos sus inversiones. Al detallar la batalla tenaz y sistemática de los agricultores en favor de mejores precios, Carrière refuta la tesis, más o menos implícita en el libro de Wright, de que los terratenientes y la SNA llegaron a una especie de acuerdo con el Estado mediante el cual aquellos aceptaban los controles de precios a cambio de la represión de los trabajadores agrícolas y la conservación del sistema de tenencia de la tierra.

Al estudiar los antecedentes de los cambios en la década de 1960, Carrière observa que la postergación de la agricultura gravitó especialmente sobre los trabajadores rurales llevando a su pauperización. Entre los factores que contribuyen al debilitamiento de la autoridad patronal, a los que pasa revista, está la creciente penetración de los funcionarios de gobierno, la acción de los maestros rurales, y la movilización del campesinado por los partidos de izquierda, tendencia que se ve favorecida por las reformas electorales de Ibáñez, que permite a los campesinos utilizar el sistema político en beneficio propio y en detrimento de la derecha. Frente a estos factores de larga duración, el autor destaca otros más inmediatos, principalmente el predominio de las ideas estructuralistas, tanto en Chile como en el ámbito de las organizaciones internacionales, que diagnosticaron la baja productividad del sector agrícola como una de las principales causas del atraso económico, propugnando cambios en la estructura de la tenencia de la tierra. La presión política de los trabajadores rurales en favor de la reforma agraria y el influjo de las ideas estructuralistas fueron aparejados con el auge de la Democracia Cristiana y de los partidos de izquierda. El resultado de estas tendencias fue que, en 1965, "los terratenientes se vieron enfrentados a un Presidente de la República fuertemente comprometido con la reforma agraria y un Congreso dominado por sus partidarios y por los partidos marxistas".

Carrière no se adentra en los conflictos emanados de la implantación de estas políticas, tema por lo demás muy estudiado, y se limita a señalar que la SNA aceptó el principio de la legislación misma, centrandose sus esfuerzos en la defensa de los derechos del productor eficiente, de acuerdo a su línea tradicional en favor de una agricultura capitalista chilena moderna y próspera.

Tanto el trabajo de Wright como el de Carrière constituyen un aporte al conocimiento del tema. De ambos autores es Carrière quien ha logrado un mejor aprovechamiento del material y, al enfatizar los fallidos esfuerzos de la SNA para obtener una reasignación de recursos en favor del sector agrario, lo que habría comprometido la política de industrialización en el contexto de una democracia política que es la tónica a través del período, plantea el debate en un contexto más amplio y esclarecedor. Es de esperar que su libro tenga la difusión que merece.

J. R. COUYOUMDJIAN

*Octavio Paz: SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. LAS TRAMPAS DE LA FE. México: Fondo de Cultura Económica, 1982. 658 páginas.*

Con esta publicación, el afamado escritor mexicano nos entrega una vívida descripción del mundo virreinal mexicano y de su cultura durante la segunda mitad del siglo XVII, usando como tema central la figura y los escritos de la conocida religiosa y poetisa mexicana.

En la primera parte de la obra, realiza una labor de historiador describiendo a la Nueva España en aquella centuria, estudiando su singular sociedad, comparando el estrado y el púlpito, profundizando en la problemática del sincretismo y el imperio, para terminar con un análisis de la literatura trasplantada y su original adaptación "a las condiciones del suelo americano" donde se modificó profundamente (pág. 68). La segunda parte, está dedicada al estudio de la vida de esta religiosa antes de hacer su profesión, entre los años 1648 y 1668, mientras que las partes tercera, cuarta y quinta, abarcan la carrera literaria de la notable poetisa desarrollada dentro del convento de San Jerónimo en México y bajo el amparo de las autoridades políticas del Virreinato, estudiando los años del apogeo de su fama hasta el de 1692 cuando aparecieron publicadas en España sus obras completas. La sexta, finalmente, relata la caída de sor Juana Inés, el asedio de que fue víctima, la abjuración intelectual a que se la obligó y su renuncia forzada a las letras humanas hasta su muerte ocurrida el 17 de abril de 1695 luego de enterrar "con su nombre, su entendimiento".

El autor nos ha proporcionado, con esta obra, una muy buena relación de la vida y la producción literaria de esta religiosa que llegó a ser, sin duda, la máxima poetisa hispanoamericana de la época que llamamos colonial. Sus contemporáneos la aclamaron como la "décima musa" y el "Fénix de América", mientras que sus admiradores han continuado multiplicándose hasta nuestros días.

Bien sabemos que sor Juana Inés fue y continúa siendo uno de los personajes centrales de la vida cultural de nuestra América Española durante los siglos del Imperio Español pero, como lo dice el propio Octavio Paz, no es la única sino que puede ser integrada en "un paisaje humano que fue mucho más rico de lo que se pensaba hasta hace poco y que todavía espera ser descubierto por nuestros historiadores". Este buen deseo del autor, afortunadamente, ha comenzado a hacerse realidad en nuestros días.

En efecto, en mayo de 1982, poco antes de que apareciera el libro que ahora comentamos, se realizó en la Universidad del Estado de Nueva

York en Stony Brook, un simposio bilingüe que tuvo por tema: "Sor Juana Inés de la Cruz y la cultura virreinal" siendo patrocinado por el departamento de Lenguas y Literatura Hispánicas y cuya organización estuvo a cargo de Georgina Sabat-Rivers<sup>1</sup>. Este simposio reunió a destacados especialistas que trabajaban en Estados Unidos pudiendo destacarse entre ellos al chileno Pedro Lastra, al recientemente fallecido escritor uruguayo Angel Rama y a Luis Monguió. Este último desarrolló un interesante estudio titulado: "Compañía para sor Juana: mujeres cultas en el virreinato del Perú". Recuerda este último trabajo a varias escritoras americanas de los siglos coloniales y se detiene en las quiteñas sor Juana Mariana de Jesús "bella, morena y santa", sor Gertrudis de San Ildefonso y sor Catalina de Jesús Herrera, para luego referir algunos detalles de las que se destacaron en el Perú. Para este último país pone de relieve inicialmente a dos anónimas: una de ellas autora de un "Discurso loor de la poesía" publicado en el Parnaso Antártico (Sevilla 1608), y la segunda que, con el seudónimo de Amarilis, envió a Lope de Vega desde el Perú una epístola en silvas que este editó y respondió en "La Filomena" (1621). A estas dos autoras, la ponencia de Luis Monguió añade las clarisas doña Juana de Herrera y Mendoza y doña Josefa Bravo de Lagunas y Villela esta última abadesa en su convento, y a la capuchina doña Josefa de Azaña y Llano (1696-1748).

Por nuestra parte podemos agregar, para Chile, a doña Ursula Suárez y Escobar (1666-1749), religiosa clarisa en La Victoria y también abadesa en este monasterio santiaguino, cuya autobiografía en prosa acabamos de publicar en esta ciudad junto con Mario Ferreccio y bajo el patrocinio de la Academia Chilena de la Historia y otras instituciones culturales. En un estudio preliminar, incluido en dicha publicación, hicimos varias consideraciones sobre la situación de la mujer durante el período de la colonización española y sobre sus posibilidades para desarrollar sus talentos literarios que ahora, estos antecedentes que comentamos, no hacen sino confirmar.

Queremos destacar aquí, sin embargo, que tanto la opinión del autor referido, como la de los participantes en el simposio citado, así como la mía propia, se han enfocado hacia dos o tres aspectos que nos parecen fundamentales y que, creemos, dicen relación con una temática más importante relacionada con la mujer y el intelectual en Hispanoamérica, tanto en aquellos remotos tiempos como en nuestros días.

En primer lugar la proposición de que la vida conventual, durante los siglos del coloniaje, brindaba oportunidades y facilidades a la mujer que ésta no habría podido encontrar en otros lugares en la sociedad de su tiempo. Octavio Paz se demuestra partidario de esta tesis y nos sugiere que en aquella época "los conventos estaban llenos de mujeres que habían tomado el hábito no por seguir un llamado divino sino por consideraciones y necesidades mundanas; su caso (el de sor Juana Inés) no era distinto al de las muchachas que hoy buscan una carrera que les dé al mismo tiempo sustento económico y respetabilidad social" (pág. 149). Por mi parte pienso que siendo esta afirmación correcta, debe presumirse que un ingreso a un monasterio, no originado en una auténtica y exclu-

<sup>1</sup> Fue publicado en "The University of Dayton Review", vol. 16 N° 2. Primavera de 1983.

siva motivación religiosa, podía significar y de hecho significaba para algunas mujeres, un ansia de superación de los obstáculos que oponía a su sexo la sociedad americana de los siglos XVI y XVII. La circunstancia de que hayan debido permanecer en el anonimato algunas escritoras peruanas de aquellas centurias que cita el artículo de Monguió las que, aparentemente no eran religiosas, ayuda a confirmar indirectamente lo que expresábamos aquí. Sin duda que esta regla no es exclusiva ni excluyente y que una mujer casada o soltera o viuda, fuera del convento podía aventurarse a desarrollar su personalidad literaria. Sin embargo, el peso de una mayoría de religiosas en esta tarea parece dar razón a nuestras suposiciones.

El hecho de que sor Juana Inés escogiera el convento y no el matrimonio, pudo haber sido originado en la circunstancia de ser "una muchacha sola y desvalida" (pág. 151), como lo recuerda el propio Octavio Paz. La ausencia de padre y su origen bastardo eran a la vez una limitante y por otra un incentivo para que la ilustre mexicana buscara en el monasterio la protección necesaria y el camino más honorable para desarrollar su vocación literaria. Para la chilena Ursula Suárez, que contrariamente pertenecía a las mejores familias de Santiago y había nacido de unión legítima, su vocación fue real, pero sin duda se sintió empujada a insistir en su ingreso al convento para librarse de un programa de vida planeado por su madre y por su familia. Una vez allí, las circunstancias de su vida la motivaron a escribir.

Como consecuencia de lo anterior, tanto Octavio Paz como los participantes del simposio de Stony Brook nos llevan a inferir nuevas conclusiones. Dice Paz: "Leer es ocupación pasiva; escribir es lo contrario de 'enterrar su nombre' en la oscuridad de un monasterio; es salir a la luz pública y, aunque el autor no lo quiera, distinguirse. Pero la distinción siempre acarrea castigos: la regla de este bajo mundo es aborrecer al que se señala porque deslucе a los otros. Así sucede y así sucedió siempre" (pág. 545). Y agrega más adelante: "La diferencia entre sor Juana y los otros clérigos escritores —Lope, Calderón y tantos otros— era muy simple: ser mujer. Lope de Vega y don Luis de Góngora fueron malos sacerdotes, aunque excelentes escritores, y nadie los condenó ni les quitó auxilios espirituales ni se les reprendió públicamente por no dedicarse a escribir obras teológicas. A una monja cumplida se le podía prohibir lo que no se podía prohibir a un mal sacerdote" (pág. 555). Señalar esto es muy importante y significa denunciar una segregación literaria no sólo en perjuicio de las religiosas sino en general de todas las mujeres en aquella época. El propio autor sigue el razonamiento que podían hacer los críticos de la época: "Su dedicación a las letras parecía una singularidad sospechosa y la fama que alcanzó en poco tiempo fue vista por la burocracia eclesiástica como una prueba del pecado de elación: la soberbia que se transforma insensiblemente en rebeldía" (pág. 555). Aquí habría que subrayar la palabra "rebeldía" pues fue una acusación semejante la que debió sufrir en Chile doña Ursula Suárez. Ella llegó a ser denunciada al Obispo de Santiago por perder "el respeto y obediencia a las preladas"<sup>2</sup> en los momentos en que ella se destacaba en su comunidad y su notoriedad y fama traspasaba los muros del convento.

<sup>2</sup> URSULA SUAREZ: "Relación autobiográfica". Santiago 1984. Pág. 261.

Doña Ursula debió hacer numerosas declaraciones de humildad en las páginas de su autobiografía, las que pudieron estar en relación con su temor de ser acusada de soberbia. Y aunque no fue impedida de escribir como lo estuvo sor Juana Inés en México, debió soportar un castigo terrible y humillante que le fue impuesto para tratar de domeñar su fuerza natural y que consistió en salir durante nueve días con mordaza y soga, comiendo en tierra luego de besar los pies de todas las religiosas.

Creemos que puede avanzarse algo más en esta hipótesis sosteniendo con Raquel Chang-Rodríguez, también participante en el simposio aludido<sup>3</sup>: "Agotadas otras vías, la escritura deviene la última esperanza, el intento final para adquirir fama y gloria, para reclamar e impugnar", agregando a continuación: "Su discurso (de sor Juana Inés) era subversivo pues en él vida y escritos se unimisman para exponer las fallas del coloniaje, para condenar y exigir". La autora va más allá de la problemática general de la mujer hispanoamericana, para ingresar en el largo y penoso camino sufrido por la comunidad intelectual iberoamericana, entonces y ahora. Muchas veces, para el escritor en este continente, el camino de la sospecha ha ido desde la soberbia hasta la subversión lo cual le ha valido el castigo más severo.

Para sor Juana Inés no bastó el refugio dentro de los muros de su convento ya que su talento fue excepcional. Frente a las sospechas de sus autoridades espirituales y a las molestias de la vida diaria del convento, debió oponer otros procedimientos uno de los cuales fue el de obtener apoyo en las autoridades políticas de México en especial los virreyes don Antonio de Toledo, marqués de Mancera (1664-1673), don Tomás Antonio de la Cerda y Aragón, conde de Paredes y marqués de La Laguna (1680-1686), y don Gaspar de Sandoval y Mendoza, conde de Galve (1688-1696), que la protegieron con mayor o menor fortuna. Particularmente la virreina doña María Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes, se convirtió en su amiga íntima y confidente y más tarde desde España, en su protectora y editora. Pero cuando estos apoyos faltaron o fallaron, la caída de sor Juana Inés fue inevitable.

En un ambiente menos espectacular, doña Ursula Suárez debió usar de estos mismos arbitrios, aunque prefirió el apoyo de los hombres de Iglesia, en especial de los obispos y de la poderosa Compañía de Jesús, cuyos hijos la acompañaron durante toda su larga vida y le proporcionaron la calma y tranquilidad que necesitaba para escribir y la fuerza y ayuda necesarias para lograr alcanzar una de sus metas cual fue el acceso al gobierno de su comunidad.

Mucha otras consideraciones podríamos hacer a propósito de esta obra. Sin duda se trata de un libro sugerente y apasionante que nos abre paso a muchas reflexiones y nos conduce sorprendidos a través del aún poco explorado mundo de la vida intelectual hispanoamericana durante los siglos de la colonia española. Esperamos, con el autor de esta obra, que esta búsqueda de datos y este promisorio interés por el tema, nos lleve a un cada vez mayor y mejor conocimiento de la realidad cultural de nuestro Continente.

ARMANDO DE RAMON

<sup>3</sup> "Mayorías y minorías en la formación cultural virreinal". En "The University of Dayton Review" ya citada, pp. 23-34.

*Paul W. Drake, SOCIALISM AND POPULISM IN CHILE, 1932-52.* Urbana, Chicago, Londres: University of Chicago Press, 1978, 418 pp.

Los estudios de norteamericanos dedicados a Chile han dado sólidos resultados en el campo de la historiografía y de las ciencias sociales. Sin embargo, sus obras son casi desconocidas en nuestro medio. Hoy en día no constituye un argumento aducir la difícil obtención de los ejemplares respectivos, al menos en relación al silencio crítico que los rodea. Ciertamente no se trata de una historiografía que esté más allá de toda crítica ante sus evidentes puntos débiles. Sin embargo, la crítica merece hacerse, y para ello es necesario proceder a la lectura y análisis de sus obras. Que esto suceda en medida tan escasa no deja de ser fuente de frustración para los "chilenólogos" extranjeros, a pesar de que en algunos casos hayan podido proporcionar trabajos de primer orden en su campo respectivo, y que se hayan constituido en hitos obligatorios de la investigación científica (incidentalmente anotaremos que esta indiferencia puede ser correlativa a la indiferencia e incompreensión que en Europa y en EE.UU. encuentran los cultores latinoamericanos de la historia universal).

Esta crítica es tanto más necesaria si se trata de trabajos pioneros en un terreno prácticamente virgen, y logran un resultado acabado y digno de encomio. Es por ello que nos atrevemos a reseñar la obra de Drake, aparecida hace ya seis años, pero que no ha tenido una recepción en nuestra crítica historiográfica.

El trabajo de Drake —profesor en la Universidad de Urbana, Illinois, desde hace un poco en la de San Diego, California— se originó en una tesis doctoral concentrada en el origen de la tendencia hacia la izquierda en el electorado chileno en 1931 y 1932, cuando se instala una nueva fuerza en el sistema político chileno, de enorme gravitación hasta nuestros días. El presente libro analiza la evolución del Partido Socialista (PS) entre 1932 y 1952, período en el cual Drake cree encontrar un ciclo histórico más o menos coherente en el PS, como una coherencia histórica en la evolución político económica de Chile. Por medio del compromiso político, los diferentes gobiernos usaron el aparato del estado para lograr una modernización económica, pero que también incluía un patronazgo, clientelismo y los resultados inevitables del *spoils system*. No hubo una transformación económica radical, aunque sí hubo estabilidad política. Se dio una tremenda disparidad entre los logros y las promesas populistas. "Como Alessandri antes, Aguirre Cerda siguió, esencialmente, un modelo de capitalismo de estado, que resultó en una economía mixta, pública-privada. Esta ayuda, primariamente a las élites capitalistas, era muy distinta de las finalidades redistributivas de una intervención estatal en un modelo socialista" (p. 215). Este es el marco en donde debe instalar la naciente (y creciente) izquierda marxista.

Metodológicamente Drake inicia su exposición con una fecunda pregunta (la pregunta originante del investigador muchas veces decide la suerte del estudio): ¿hubo populismo en Chile, tal como lo hubo en la mayoría de los países latinoamericanos? La tesis del autor es que en Chile el populismo estuvo representado principalmente por el PS. Pero aquí se dan las contradicciones que perfilan el carácter propio del socialismo chileno en el ámbito latinoamericano: el PS habría oscilado entre sus posiciones ideológicas radicales y un populismo que podría integrarse en el sistema. La falta de elección clara determinaría —junto

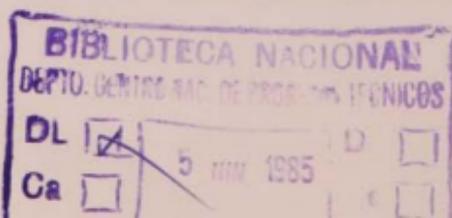
a sus divisiones—, la declinación del socialismo a fines de la década de 1940.

En muchos países el populismo tenía apariencias socialistas; en Chile el socialismo tenía apariencias populistas (p. 11). En Chile el socialismo se articuló en una voluntad política más decidida, pero jamás pudo establecer un equilibrio entre la movilización y la institucionalización, entre sus demandas de transformación radical y su participación en el sistema.

En sus orígenes el socialismo se originó como la creación de un grupo de intelectuales y dirigentes de clase media principalmente, que sosteniendo en lo fundamental una ideología marxista, se distinguían del Partido Comunista por su nacionalismo y su menor ortodoxia. En las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1932 lograron instalarse en el sistema político, sustrayendo votos de la derecha y de un partido obrero, el Demócrata. El triunfo del Frente Popular en 1938 les abrió la posibilidad —y el peligro desde su propia perspectiva— de participar en la administración del Estado. Esto haría más patente que nunca la tensión entre “las aspiraciones a largo plazo y las operaciones a corto plazo... El dilema entre la consecución de fines confesadamente revolucionarios por medios evolucionarios era menos problemático mientras se organizaba el partido como una fuerza de oposición, que sirviendo más adelante en un gobierno de coalición” (p. 143).

A comienzos de la década de 1940 parecería que su lado populista, y su institucionalización prevalecerían por sobre el aspecto autoritario y revolucionario. La participación en sucesivos gobiernos llevaría a una institucionalización y burocratización del socialismo chileno. La institucionalización en el gobierno podía favorecer a un partido si es que desarrolla un clientelismo en el marco de una tendencia populista, pero para un partido de fines revolucionarios podía determinar su esclerosis. La institucionalización tendería a favorecer a líderes más conservadores como Grove y Schnake, pero también promovería una aguda división en torno a líderes (o caudillos), división en la que no siempre se ven las motivaciones ideológicas. La burocratización se produjo por la entrada de socialistas en la burocracia, la entrada de burócratas en el partido, y por la constitución de un mando con características burocráticas, autoritarias y jerárquicas (p. 240). Ello ayudaría a limar los conflictos sociales en el sistema político, pero también sembraría la semilla de divisiones y de la declinación.

En 1941 los socialistas (tomados conjuntamente) alcanzaron un 20% de los votos. Desde allí comenzaría un lento pero seguro proceso de descomposición. Nuevos líderes como Allende y Ampuero pondrían en tela de juicio a los antiguos dirigentes. Sin embargo, las divisiones, como dijimos, se concentrarían fundamentalmente en torno a tópicos tácticos y personales antes que ideológicos. En las elecciones parlamentarias de 1945 bajaron al 12,8% sumando a todas las fracciones. Drake concluye que “el asunto complejo de la participación en la política tradicional y en el estado burocrático afectó a los socialistas empeorando su posición de tres maneras: En primer lugar, las restricciones y compromisos intrínsecos a una política de coalición electoral originó una buena parte de la incapacidad socialista para lograr metas sustantivas para los trabajadores. En segundo lugar, el debate sobre la eficacia de la participación... fue una causa principal en las divisiones entre los líderes socialistas, aunque causas diferentes a las ideológicas fueron igual-



mente importantes para explicar las querellas entre los dirigentes. En tercer lugar, el fracaso por satisfacer las necesidades de los trabajadores es menos significativo que las divisiones partidistas para explicar la pérdida de apoyo masivo del partido" (p. 297). Posteriormente, Drake da una mirada sumaria al desarrollo del PS entre 1952 y 1973, destacando como, en un contexto diferente, las experiencias anteriores influirían en la adopción de una estrategia marcadamente radical.

La investigación de Drake sobresale por la acuciosidad del tratamiento de las fuentes. Dentro del desierto de nuestros centros documentales, Drake supo rastrear todo lo que podía servir a sus propósitos. Al contrario de muchas tesis doctorales o estudios de "chilenólogos" norteamericanos, la obra de Drake, resume un conocimiento sólido de la historia de Chile, y un cierto cariño por Chile y los chilenos, además de una relativa simpatía con el socialismo criollo. Drake rastrea con toda la precisión posible en estos casos, la relación entre las organizaciones y voluntades políticas, los grupos y clases sociales, y la evolución económica del país. Quizá echamos de menos una crítica, aunque sea superficial, a las fuentes documentales, principalmente los folletos, así como una cierta clasificación bibliográfica, que muy bien hubiera podido ir como historia paralela en las notas.

Pero son problemas muy menores. Sobresale un intento que nos parece muy exitoso por analizar la evolución y las promesas del sistema político chileno. En los apéndices el autor hace una importante contribución: de diversas fuentes logra reconstruir un perfil de la formación de la clase política chilena en la persona de sus líderes partidistas. Más fundamental, nos entrega una contribución importante para un análisis geo-electoral (que se agrega a los trabajos de Cruz-Coke y de Caviedes) por medio de un cuidadoso escrutinio de los resultados electorales según el grado socio-económico de las comunas, y su carácter agrario o urbano, o su aproximación hacia una de las dos posibilidades. Tanto en metodología como por sus resultados, este apéndice será de gran ayuda para el gremio chileno.

Dentro de los límites que el autor se propuso, la obra está ejemplarmente lograda. Por nuestra parte quisiéramos haber visto planteados problemas acerca de la "cultura política" del socialismo en relación a la cultura política del país. Pero ello excedería tanto metodológica como temáticamente las finalidades del historiador norteamericano. De todas maneras contribuye con elementos importantes para una reflexión de ese tipo. Particularmente emerge con gran claridad el nudo esencialmente *político* del problema que enfrentaba el socialismo. Reemplaza a un partido obrero con liderato obrero, el Partido Demócrata, que todavía en 1937 tenía 14% de los votos y un 9% en 1937, pero que no supo articularse como una organización más moderna y una ideología atrayente. El auge y la decadencia de los socialistas en las dos décadas tratadas se perfila como un drama político, que constituiría también el drama del sistema político chileno, que no pudo integrar en un puesto importante a un socialismo democrático. Naturalmente que éste no hubiera podido ser un calco de sus congéneres europeos, en una sociedad política que se iba habituando cada vez más a las reivindicaciones y no a la producción. Pero también hubiese podido conocer los límites entre los cuales se podía mover en una sociedad abierta. El fracaso de la inserción del PS en el sistema político no sería más que el preludio de una postura

radical por aniquilar —por vías institucionales principalmente— a ese mismo sistema.

La primera fase de ese drama —cargado también de promesas y frustraciones— es la que analiza Paul Drake en una obra que merece una traducción urgente a nuestro idioma.

JOAQUÍN FERNANDOIS HUERTA